

digno personaje, le llevó á su casa con toda su comitiva. El Coadjutor, aprovechándose de tanta benevolencia, habló largamente al Barón del motivo de su viaje; y este no solo le escuchó con el mas vivo interés, sino que le entregó cartas de recomendacion para varios amigos poderosos que tenia en la corte, y para el mismo Rey. Provisto de estas cartas, Francisco volvió á ponerse en camino y llegó á París el 22 de enero (1).

Su primera visita fué al Nuncio del Papa, á quien informó de los intereses religiosos que le llevaban á esta ciudad, reclamando su proteccion. El Nuncio, tomando con interés este negocio, le condujo en persona á la audiencia del Rey. Allí el Coadjutor, despues de haber cumplimentado al Monarca y haberle presentado las cartas del Obispo de Ginebra y del Barón de Luz, espuso con tanta claridad como cortesía el objeto de su mision. Enrique IV le escuchó con benevolencia, prometió concederle todo lo que permitiera la justicia, y remitió el examen del negocio á su ministro Villeroy, al que encargó le hiciera una relacion de ello despues de haber conferenciado con el Coadjutor de Ginebra. Villeroy, á quien el Nuncio presentó al santo Apóstol, se mostró mucho ménos favorable, combatió todas las razones que el celoso negociador pudo alegar, y acabó por pedir una memoria detallada de las pretensiones del Obispo de Ginebra y de las razones en que las apoyaba. El coadjutor puso en seguida manos á la obra, y pocos dias despues pudo entregar su memoria (2). Redujo todas las peticiones á dos, motivando la una y la otra en el tercer artículo del edicto de Nantes (3), sin pretender otra cosa sino la ampliacion al país de Gex de las disposiciones que regian en toda la Francia. Pedia, pues, primeramente el libre ejercicio de la religion católica en todos los lugares de este país, donde la religion era libremente practicada

(1) Carlos Aug., p. 257.

(2) Opusc., p. 175.

(3) Idem, p. 178.

ántes de las perturbaciones de la herejía. «¿Y por qué, de-
»cia, no conceder al país de Gex la misma libertad de con-
»ciencia que á las demás provincias del reino? ¿Es razona-
»ble que los pretendidos reformados de este país sean mas
»respetados que los demás, y que este solo rincon del reino
»de Francia sea una escepcion de la regla general del
»edicto? Todos los tratados que han estipulado lo contrario
»han sido rotos por las guerras que los han seguido, y
»hace pocos años aún que el ejercicio de la religion cató-
»lica era autorizado en estos países. El tratado de Nyon lo
»estipulaba espresamente, y solo infringiéndole los Gine-
»brinos se han opuesto á la libertad en este país.» El santo
negociador pedia en segundo lugar, que los bienes eccle-
siásticos del país de Gex fueran devueltos á la Iglesia por
aquellos que se habian apoderado de ellos durante las per-
turbaciones de la herejía, esceptuando tanto los bienes que
la república de Ginebra se habia apropiado á título de so-
beranía, y que no reclamaba porque no estaban bajo la
obediencia del Rey, como los que los Berneses habian ven-
dido, y de los que no pedia entrar en posesion sino devol-
viendo á los compradores el precio que les habian costado.
«¿Y qué objecion podria hacerse contra esta restitucion?
»añadía. ¿Acaso el temor de la rebelion? Esta es imposible
»por falta de un jefe que la dirija, puesto que la nobleza
»es casi toda católica, y por falta de fortalezas donde pue-
»dan retirarse los rebeldes. ¿El temor á los Berneses y Gi-
»nebrinos? Pero, ¿por ventura el Rey Cristianísimo está
»obligado á hacer vivir á estos pueblos segun las leyes
»que plazca á los extranjeros imponerles? ¿Habrá acaso el
»Rey de Francia de temer las amenazas de los Suizos y
»Ginebrinos, estos pueblos que no se han atrevido á em-
»prender nada contra el Duque de Saboya cuando ha res-
»tablecido la religion en los distritos del Chablais, de Ter-
»nier y de Gaillard?»

Villeroy contestó á esta memoria; que cada uno de los
dos puntos de la instancia merecia una larga reflexion; que
deseaba mucho secundar los piadosos designios del Obispo

de Ginebra, pero que debia tambien evitar hacer odioso al gobierno del Rey; y que despues de haberlo pesado todo maduramente, haria una fiel relacion al monarca, que resolveria en su sabiduría lo que fuese servido acerca de este grave negocio. El Coadjutor se armó de paciencia; para demostrar mas y mas la justicia de su causa, añadió nuevas memorias á las primeras, llegando á presentar hasta cinco. El presidente Favre unió sus esfuerzos á los de su santo amigo, y apoyó la negociacion con todo el crédito que le daba su mérito, tanto en la ciudad como en la corte. Pero Villeroy no cedió á todas estas instancias, y en tanto que no participara de las opiniones del Coadjutor, no habia que esperar ningun resultado, porque este ministro era poderoso, y gozaba de un gran concepto para con el público y el rey. Pasaba en efecto, aunque sin cultura de letras, por un hombre de tan buen sentido, que no solo se le perdonaba voluntariamente que no hubiera leído las teorías políticas escritas, sino aun se decia de él que era lástima que la ciencia del Sr. de Villeroy no se encontrara en los libros; y el mismo Enrique IV le estimaba tanto, que acostumbraba á decir que no sabia cuál de las dos vidas era mas necesaria al estado, si la suya ó la de Villeroy.

El negocio se iba prolongando de esta suerte, cuando la partida de Enrique IV para Fontainebleau, donde debia pasar una parte del año, vino á retardar aún mas su resolución. El Coadjutor se vió pues obligado á prolongar indefinidamente su estancia en París, pero, apóstol en todas partes y siempre, supo utilizar todos estos momentos para la gloria de Dios y el bien de las almas.

Desde los primeros dias de su llegada á la capital habia visitado á la Princesa María de Luxemburgo, Duquesa de Mercurio, cuya familia tenia un afecto hereditario á la de Sales. Esta Princesa, tan sensible á esta inclinacion como admiradora del mérito de su ilustre conocido, no solo le habia secundado con todo su crédito cerca de diversos personajes á quienes podia recomendarle, sino que no ha-

bia cesado de decir por todas partes sus alabanzas. En todas sus conversaciones celebraba al Coadjutor de Ginebra como un prelado incomparable, «y nunca, decia, se habia visto reunido en un solo hombre tanta virtud y tanto talento.» En este estado de cosas, habiendo faltado el predicador que debia predicar aquella Cuaresma en la corte, sin que se supiera la causa, la Duquesa de Longueville, á quien la Reina habia encargado el predicador para la capilla real, pensó que este ministerio no podia llenarse mejor que por el prelado, de cuyo mérito eminente y amables virtudes decia tantas alabanzas la Duquesa de Mercurio. Persuadido de que era un acto de la Providencia el haber proporcionado un predicador como este para una corte donde era tan necesario oponer á la vanidad y á la licencia las mas solemnes enseñanzas del cristianismo, le hizo la proposicion, que fué aceptada (1).

Empezó el miércoles de ceniza, y pocos dias despues, la capilla era ya muy estrecha para el número de los oyentes. No solo los principes y los cortesanos, sino una multitud de eclesiásticos y doctores de la Sorbona se apiñaban al rededor de su cátedra, no cansándose de admirar la elocuencia llena de unción y de dignidad con la cual anunciaba á los grandes de la tierra las verdades del cielo. En sus sermones, llenos de energía y sensibilidad, realizados además y como consagrados por la alta idea que se tenia de su virtud, presentaba desnudamente las vanidades del mundo, las ilusiones del amor propio, la pequeñez de la grandeza, la debilidad de los espíritus fuertes, lo falso de la prudencia humana; enseñaba á los impíos á temblar, á los indiferentes á adorar, á los grandes á morir, á los hombres á amarse; y las conversiones numerosas, tanto de los herejes á la verdadera fe como de los pecadores á una vida mejor, demostraron claramente el mérito de estos sermones.

Habia entonces en París una calvinista, llamada la señora de Perdrauville, que unia la obstinacion en la herejía

(1) Carlos Aug., p. 260.

á la presuncion de una falsa ciencia (1). Varias veces sabios controversistas habian intentado desengañarla de sus errores, y siempre habian sido vanos sus esfuerzos. La curiosidad de oír á este predicador, que tenia maravillada á la corte, la llevó al sermón el primer lunes de Cuaresma. El santo predicador, desenvolviendo el Evangelio del día, donde se refiere la historia anticipada del juicio final, pintó de una manera tan tierna la dicha de los que estarán á la derecha y la desgracia de los que irán á la izquierda, que, conociendo á lo que se esponia si se engañaba en materia de religion, fué despues del sermón á consultar al hombre de Dios, para saber de él lo que encontraba reprehensible en la doctrina protestante, cuáles eran por otro lado las doctrinas católicas, y sus pruebas. El santo apóstol tuvo con ella varias conferencias, y el resultado fué, no solo la conversion de esta señora, sino la de toda su familia, que condujo ella misma al tribunal de su nuevo Ananías en la mitad de la Cuaresma. ¡Cosa notable! el discurso que ocasionó esta admirable conversion, no contenia una sola palabra de controversia; nada contra la herejía, nada para la defensa de la Iglesia; pero cuando el corazón está movido, el espíritu se convence pronto. «Y además, »dice el santo apóstol en una de sus cartas (2), siempre »he creído que quien predica con amor predica bastante »contra los herejes, aunque no diga una sola palabra con- »tra ellos.....» Tal era, en efecto, su santa destreza para ganar á los hombres por el corazón, que el Cardenal du Perron decia de él estas palabras que se han hecho célebres: «Dios ha dado á Monseñor de Ginebra la »llave de los corazones; si se trata de convencer á los he- »rejes traédmelos á todos, pues me lisonjeo de conseguir- »lo; pero si es necesario convertirlos, llevadlos á Monseñor »de Ginebra.» (3)

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, part. XVIII, sec. XXIX.

(2) Carta CLXXXI.

(3) Carlos Aug., p. 264.

La señora de Perdrauville no fué la sola cogida en las inocentes redes del santo predicador. Habiendo un día ido por curiosidad la señora de Raconis, de una de las familias mas distinguidas de la capital, á oír un sermón sobre la dicha del paraíso y las penas del infierno, quedó tan movida, que proclamó en alta voz que Dios la habia hablado por la boca de su siervo, y pensó seriamente en convertirse. Le era necesario para eso cambiar sus ideas antiguas, y sustituir á las impresiones profundas que la detenian en el Calvinismo, los nuevos sentimientos propios de la religion católica. La lucha fué tan violenta, que cayó enferma. Francisco, informado de su estado, fué al punto á visitarla, disipó sus dudas, y la instruyó tan bien á ella y á toda su familia, que abjuraron la herejía; dos de sus hijas se hicieron religiosas, y su hijo único entró en la orden de los capuchinos, donde se distinguió por su celo por la conversion de los herejes (1).

Habia entonces en París un turco, establecido allí, que atraído por el buen olor de las virtudes del hombre de Dios, quiso conferenciar con él; le pidió aclaraciones sobre el misterio de la Santísima Trinidad, del que no tenia sino una nocion confusa. Francisco le esplicó este misterio así como otros artículos de la fe católica, y aquel hombre se retiró tan plenamente satisfecho, que todos sus amigos creyeron se convertiria. La historia no dice si lo hizo realmente (2).

Pero sobre todo, las almas piadosas eran las que buscaban los consejos é instrucciones del coadjutor, encontrando en ellos á un tiempo luz, consuelo y gracia. Una de las mas notables fué la señora Acarie, que despues se hizo carmelita bajo el nombre de María de la Encarnacion, y fué luego beatificada por Pio VI en 1791. Esta ilustre sierva de Dios se confesó á menudo con el santo apóstol, durante los seis meses que permaneció en París; y de él

(1) Carlos Aug., p. 261.—P. Filiberto de Bonneville.

(2) Carlos Aug., p. 267.

aprendió un punto de moral que ignoraba aún, á pesar de lo santa é ilustrada que era, y es que las imperfecciones que se escapan á la debilidad humana sin el consentimiento deliberado de la voluntad, no son pecado, y no pueden por consiguiente proporcionar materia á la absolucion, la cual no puede aplicarse sino á faltas deliberadas y consentidas (1).

Admirada de esta doctrina tan nueva para su espíritu, buscaba en su conducta alguna falta que tuviera, segun esta regla, el caracter de pecado venial, y no podia nunca descubrir una sola; de suerte que, para suplir á esta feliz impotencia, le fué necesario reiterar la acusacion de alguna falta antigua, cada vez que deseaba recibir la gracia de la absolucion. El santo apóstol, por su parte, encontraba mucho provecho para su salvacion en conversar con un alma tan pura. Esperimentaba un placer incomparable en oirla hablar de Dios; su corazon, al escucharla, se inflamaba en el amor divino; y como cuanto mas amaba más queria amar, no titubeaba en recorrer todos los dias á pié una distancia de cuatro kilómetros, á pesar de la lluvia y del lodo en el invierno y de los calores en el verano, para dirigirse desde donde vivia á la casa de la señora Aca-rie, para adquirir con su conversacion un aumento de fervor (2). En estas celestiales entrevistas, no trataba con esta santa alma por una piadosa curiosidad de conocer los secretos de Dios; se limitaba á oirla con veneracion, únicamente ocupado de aprovecharse espiritualmente de todo lo que oia: «Porque, decia mas tarde, no la miraba como mi penitente, sino como un navío que el Espíritu Santo habia consagrado para su uso. Cuando me aproximaba á ella me inspiraba tanto respeto por su virtud, que nunca tuve el atrevimiento de interrogarla sobre lo que pasaba en su alma, y no quise saber de su interior nada mas que lo que quiso comunicarme por su propio impulso, sin nin-

(1) Entretenimiento XXII, p. 388.—Carta CDLXXI.

(2) Carlos Aug., p. 267.

»guna indicacion mia; y ella hablaba con mas gusto de sus faltas que de las gracias que recibia..... ¡Oh! cuánto me arrepiento de no haber procurado conocer mas lo que el espíritu de Dios obraba en ella; me hubiera descubierto voluntariamente toda su alma.» (1)

Estas piadosas conversaciones hicieron en el alma de Francisco de Sales una impresion tan profunda, que el recuerdo de ellas se conservó siempre vivo en su corazon, como un perfume de virtud. «No pienso nunca en vuestra bienaventurada madre, escribia diez y ocho años mas tarde á una carmelita, sin sentir provecho espiritual.» (2) Habiéndole enviado el Sr. de Marillac en 1621 un retrato de la santa: «No podia, le escribe (3), recibir nada mas útil y agradable á mi alma, porque por un lado tengo un amor tan lleno de reverencia á esta santa persona, y por otro tan gran necesidad de despertar tan á menudo en mi espíritu los piadosos afectos que su vista y santa comunicacion han escitado en otro tiempo en mí.»

Habiendo terminado el coadjutor en medio de todas estas santas ocupaciones su predicacion de Cuaresma, la Duquesa de Longueville le envió como estipendio una magnífica bolsa llena de escudos de oro, encargando al caballero que era su portador, las espresiones mas atentas para el santo. Este, confuso á la vista del mensaje, respondió: «Os suplico digais á la Princesa, que yo soy el que estoy obligado, porque me ha honrado en estas circunstancias sobre mis méritos; siempre me encontrará pronto á obedecerla aun en las cosas mas difíciles, sintiendo solamente, no haber correspondido á lo que reclamaban la dignidad del auditorio y la celebridad del púlpito, lo cual debe atribuirse á la incapacidad de mi talento á la rudeza de mi lenguaje, pero no á falta de buena voluntad. Tened á bien añadir, que no tome á mal no acepte su

(1) Juan de S. Francisco, p. 164.—Carlos Aug., p. 268.

(2) Carta MDLXXIII.

(3) Carta DLXXIII.

»presente; me he impuesto la ley de dar graciosamente lo que graciosamente he recibido, y no quiero otra recompensa de mis trabajos que la que me esté preparada en el cielo.» (1)

Tanto desinterés y unos sentimientos tan nobles aumentaron todavía mas la reputacion del santo apóstol, y no se hablaba sino de monseñor de Ginebra, que era el nombre que le daban aunque no era aún mas que coadjutor. «Monseñor de Ginebra, decia un consejero del parlamento que habia sido muy asíduo á sus sermones, me ha hecho mucho bien, pero al mismo tiempo me ha hecho un mal del que nunca curaré; me ha hecho disgustar de los demás predicadores.» (2) Enrique IV, que habia pasado la Cuaresma en Fontainebleau, tuvo curiosidad de oír por sí mismo al predicador, cuyo talento y virtud tanto aplaudian. Habiendo ido Francisco á verle en esta residencia la semana de Pascua, para activar los negocios que le habian llevado á París, le invitó á predicar en la capilla del castillo. Pronto á conformarse con los deseos del monarca, el coadjutor subió al púlpito el domingo siguiente; y despues de haberle oído, Enrique IV dijo públicamente, que cuanto la fama habia anunciado de este saboyano era aún inferior á la verdad; que nunca habia oído mas excelente predicador; y que un hombre de este mérito debia ocupar una silla mas elevada que la de Ginebra. Quiso luego hablarle en particular; su estimacion se aumentó á medida que le conoció más, y desde esta época hablaba siempre de él con admiracion. «Monseñor de Ginebra, decia, es verdaderamente el fénix de los prelados: en los otros se encuentra casi siempre algun flaco, unos en la ciencia, otros en la piedad, otros en el nacimiento; pero en Monseñor de Ginebra se reune todo en el mas alto grado, nacimiento ilustre, ciencia rara y piedad eminente.»

(1) Carlos Aug., p. 262.—De Maupas, p. 175.

(2) De Cambis, t. I, p. 431.

Francisco de Sales, al volver á París, prosiguió activando los negocios religiosos del país de Gex con la confianza que debian inspirarle las bondades que el Rey habia tenido con él; pero vió por esperiencia lo que otros muchos, y es que la buena voluntad de los príncipes no basta para el buen resultado de los negocios, y que sus ministros, y aun á veces los agentes subalternos, hacen mas que el soberano. Entonces no fué solo la lentitud del ministro de estado la que tuvo que combatir; todas sus justas pretensiones fueron atacadas por los diputados de Ginebra en una memoria que presentaron al consejo del Rey. En esta memoria, protestaban en particular contra la restitucion de los bienes eclesiásticos, sosteniendo que la república de Ginebra habia gozado de ellos pacíficamente desde el año 1535, y que además la posesion les habia sido por lo menos garantizada implícitamente por el tratado de los Berneses con el Duque de Saboya, cuando la rendicion de los distritos. Alegaban además en su favor el tratado de Soleure, por el cual el Rey de Francia se habia comprometido á tomar bajo su proteccion á Ginebra y su territorio. Todas estas razones reunidas movieron al consejo á tomar tiempo para reflexionar, y diferir la resolucion definitiva del negocio á una época indeterminada, lo que obligó al coadjutor á prolongar su estancia en París, para refutar las alegaciones presentes y futuras de sus adversarios, y sostener contra ellos los derechos de la justicia y la religion.

La Duquesa de Mercurio se aprovechó de este incidente para invitarle á que se encargase de la oracion fúnebre del Duque su esposo, Felipe Manuel de Lorena, uno de los mas valientes capitanes de su siglo. Este grande hombre habia sido llamado el año anterior por Rodolfo II, para mandar sus armas en la guerra contra los turcos. Con 15.000 hombres habia atacado á Ibraim, que mandaba 60.000; y obligado á retirarse por falta de víveres y municiones, habia llevado á cabo, sin detencion ni obstáculo de ninguna especie, una de las mas brillantes retiradas que registran

los fastos militares. Al año siguiente, volviendo á la carga, habia con 13.000 hombres batido el ejército otomano, compuesto de 150.000, tomando á Albe-Royale; pero cuando volvia á Francia para descansar de sus gloriosas fatigas, fué atacado en Nuremberg de una fiebre maligna que le condujo al sepulcro el 18 de febrero de 1602. Con esta noticia, la Duquesa de Mercurio habia quedado como anadada, y en el esceso de su dolor no queria recibir ningun consuelo. Francisco solo pudo lograr el ser admitido á animar por medio de dulces palabras su espíritu abatido, y hacer entrar en aquella alma, tan entregada al dolor, la sumision á la voluntad de Dios. Vuelto en sí, pudo dar órdenes y ocupar dulcemente su pena con los honores fúnebres que debia dar al ilustre difunto. Ya los restos mortales de este ilustre capitan habian sido trasladados á Nancy, y colocados en la iglesia de los Franciscanos; pero habiendo querido tambien que se celebraran en la iglesia de Nuestra Señora de París las exequias mas magnificas, escogió al Coadjutor de Ginebra para que pronunciara la oracion fúnebre. La empresa era delicada, porque el Duque de Mercurio habia sido uno de los principales jefes de la Liga, el primero en tomar las armas contra Enrique III, y el último en hacer la paz con Enrique IV. Pero no le es posible á Francisco rehusar. «Porque, dijo, como mi padre (1), mi abuelo y bisabuelo habian estado en calidad de pages en la casa de los ilustrísimos y escelentísimos Príncipes de Martignes, sus padres y predecesores, la Duquesa me miraba como servidor hereditario de su casa.» Aceptó, pues, la invitacion, y el 27 de abril pronunció la oracion fúnebre delante de varios Cardenales y prelados, de gran número de Príncipes y Princesas, de mariscales de Francia, de caballeros de la orden del Espíritu Santo, y del parlamento en pleno. Eludió la dificultad de la cuestion política sin ningun artificio, pasando en silencio la parte de vida del Duque que no podia alabar sin herir á su

(1) Prólogo del *Tratado del amor de Dios*.

oyentes, y aprovechándose del elogio del muerto para dar una leccion á los vivos, hizo resaltar primero la piedad de su héroe, que santificaba cada dia con la asistencia á la Misa, por el rezo del Rosario, del oficio de la Virgen y el exámen de conciencia por mañana y tarde, que se acercaba á los sacramentos en todas las fiestas solemnes de la Iglesia, y que amaba tanto á la Madre de Dios, que en sus viajes visitaba y enriquecia con sus ofrendas las iglesias y capillas que le estaban dedicadas, y escogia intencionalmente los sábados para batir á los infieles. Luego celebrando su valor, al que daban realce su bondad, su dulzura, su moderacion, todas las cualidades en fin que forman el sábio y el hombre honrado, contó detalladamente sus distinguidos hechos de armas contra los turcos, sobre lo cual su corazon, amigo de la Francia, le inspiró estas bellas palabras: «¡Ah, cuán valientes son los franceses cuando tienen á Dios de su parte! Son muy valientes cuando son devotos. No es pues de estrañar que la presencia de este capitán francés haya podido detener el curso de las armas turcas. Me regocijo contigo, ¡ó bella Francia! y Dios sea alabado, porque de vuestro arsenal ha salido una espada tan valiente, y que el imperio haya venido á pedir un general á la corte de vuestro gran rey, para quien es una gran gloria ser el primer guerrero en un reino de donde salen príncipes que, en el resto del mundo, son estimados los primeros.»

El orador no fué ménos notable cuanto contó los últimos momentos de su héroe. «No sabiendo, dice, dónde le esperaba la muerte, la esperaba él en todas partes, y viéndola próxima, exclamó: Alabado sea eternamente en la tierra y en el cielo mi Dios y mi Criador. Ved aquí que he llegado, por su gran misericordia, al fin de esta vida mortal; su bondad no quiere que permanezca por mas tiempo entre tantas miserias. Habia hecho voto de ir á la santa casa de Loreto para honrar allí la grandeza de su Madre; pero, puesto que así le agrada, cambiarse este designio de viaje para ir á honrar en el cielo á la